

EL PODER DEL NO

(Por Guillermo Saccomanno) Para quienes están solos, los vernissages suelen ser un espinel. Esa tarde de setiembre, en Klemm, Mariano estaba recién separado. No tenía demasiadas expectativas. Saludó aquí y allá, estudió el panorama y hubo una mujer que le llamó la atención. Parecía la única en el vernissage ajena a la feria de vanidades, con una actitud distante. Se las ingenió para que una amiga se la presentara. Ella se llamaba Paula. Le sacó el teléfono. Y en la mañana siguiente la llamó para invitarla a comer por la noche. La llevó a Marea. En la mitad de la botella de champagne, la noche sobre el muelle era perfecta. Paula le contó que estaba separada desde hacía cinco años, tenía tres hijos y era fotógrafa. Le había costado abrirse camino en la profesión. Y recién en el último año había montado su propio estudio. Mariano la escuchó reservándose tramos de su propia historia. Le contó que tenía dos hijas y le mintió que hacía un año que estaba separado y ni fantaseaba con volver con su ex. Se definió como un empresario interesado en el arte. Y ésta fue otra de sus mentiras porque Mariano trabajaba en una extrabursátil. Estas mentiras le parecían insignificantes, triviales y hasta amables. No sólo protegían su intimidad. También salvaguardaban la seducción y el encanto. Su manejo de la reticencia, el estilo con que dosificaba la información, le garantizaban además que en Paula se fuera despertando el interés y que, poco a poco, el interés fuera intriga y, más tarde, como fue, la pasión. El no erró con su estrategia. Empezaron a salir tres o cuatro veces por semana. Cuando ella le decía que lo amaba, él se apartaba. Tenía mucho miedo de entregarse, se justificaba. Una madrudaga, después de hacer el amor, Mariano lloró como un chico. Y le dijo que ella era "la persona ideal en el momento equivocado". Mariano siguió usando la frase. Y la contrapesaba con regalos: compacts, libros, flores y ropa, en especial, ropa interior. En noviembre, de improviso, una mañana Mariano decidió que tenía que cortarla. Llamó a Paula a su estudio y le dijo que ella era "la persona ideal en el momento equivocado". Pero que lo sentía mucho, que no quería verla más. Y no le dio otra explicación. Confesarle que se proponía volver con su ex hubiera sido cruel.

A mediados de febrero, se cruzó con Paula por la calle. Ella estaba bronceadísima, más flaca y había cambiado el corte de pelo. Mariano la invitó a comer esa misma noche. Y Paula aceptó. De nuevo la llevó al restaurante de la Costanera. El se cuidó de contarle que había vuelto con su ex y que la vuelta había sido un fracaso. Cuando le preguntó a Paula si estaba con alguien, ella le dijo que eso no tenía importancia. Había sufrido con el corte, pero se la había bancado. También, sin perder la sonrisa, le dijo que se había ganado una beca y viajaba a Alemania en dos semanas. Y esta noche, aunque ella también sintiera algo de ganas, era mejor dejarlo ahí. Ahora Mariano resultaba para ella "la persona ideal en el momento equivocado", le dijo. No sólo esto había aprendido de él. También, "el poder del no". Manteniendo el estilo, Mariano la dejó en su casa. Y una vez en su departamento, buscó una foto de Paula. Estuvo hasta el amanecer buscando la foto sin encontrarla.



Por Neal Cassady

CARTAS a J

Los beatniks vuelven a estar de moda y nada mejor para celebrar otra vez el libre flujo de conciencia por las carreteras y los bares que espiar este puñado de reveladoras cartas a Jack Kerouac, buda indiscutido del movimiento en cuestión. Neal Cassady (1924/1968) es –mejor conocido como Dean Moriarty– el épico y picaresco protagonista de "En el camino", el hombre a quien Allen Ginsberg le dedicara su "Aullido" y autor de la casi desconocida novela "El primer tercio". Novela donde lo que van a leer funciona como apéndice cerca del final, cuando nuestro vagabundo del Dharma comienza a presentir el fin de sus días y el principio de su leyenda en la forma de "un recuerdo de cosas pasadas".

Carta a Jack Kerouac, 7 de marzo de 1947 (Kansas City, Montana)

Querido Jack:

Estoy sentado en un bar en la calle Market. Borracho, bueno, no del todo, pero pronto lo estaré. Estoy aquí por dos razones: he de esperar cinco horas el autobús de Denver y por último, pero, lo más importante, estoy aquí (bebiendo), por supuesto, por una mujer *¡y qué mujer!* Seamos cronológicos.:

Estaba yo sentado en el autobús cuando subieron más pasajeros en Indianápolis, Indiana... una beldad perfectamente proporcionada, intelectual, apasionada, personificación de la Venus de Milo, me preguntó si el asiento de al lado estaba ocupado. Tartamudeé (estoy borracho ya) farfullé y por fin grité ¡No! (paradoja de expresión, después de todo, ¿cómo puede uno tartamudear ¡No!!?) Se sentó (yo sudaba), empezó a hablar, supe que serían generalidades, así que para tentarla guardé silencio.

Ella (se llama Patricia) cogió el autobús a las ocho (¡obscuridad!) yo no hablé hasta las diez: en esas dos horas no sólo decidí, por supuesto, conseguirla, sino ¡cómo hacerlo!

Naturalmente, no puedo dar cita literal de la conversación, pero aun así intentaré darte la esencia de ella de las diez a las dos.

Sin el menor preámbulo de comentarios objetivos (¿cómo te llamas? ¿adónde vas? etc.) me lancé a un tipo de conversación totalmente sabedora, totalmente subjetiva, personal y digamos "penetrándola hasta el fondo"; en menos palabras (dado que ya soy casi incapaz de escribir) a las dos me estaba jurando eterno amor, completa subjetividad para mí e inmediata satisfacción. Yo, anticipando aún más placer, no quise permitirle que me la chupara en el autobús, en vez de eso jugamos como dicen, uno con otro.

Sabiendo que su ser sumamente perfecto era todo mío (cuando tenga más coherencia te contaré su historia completa y razón psicológica para amarme), no podía imaginar que hubiese obstáculos a mi satisfacción; en fin "los mejores planes fornicatorios de ratones y hombres se unen y mi verdugo fue su hermana, la zorra".

Pat me había dicho que iba a San Luis a ver a su hermana; le había telegrafiado para que la esperara en la estación. Así que para librarnos de su hermana echamos una ojeada cautelosa a la estación cuando llegamos a San Luis a las cuatro, para ver si ella (su hermana) estaba presente. Si no, Pat pediría su maleta, se cambiaría de ropa en la sala de espera y los dos nos encaminaríamos a la habitación de un hotel hacia una noche (¿años?) de gloria perfecta. La hermana no estaba a la vista, así que Ella (advierte la mayúscula) pidió su maleta y se retiró al baño a cambiarse... Largo paréntesis... El siguiente párrafo debe escribirse, necesariamente de forma por completo objetiva...

Edith (su hermana) y Patricia (mi amor) salieron del meódromo de la mano (no describiré mis pensamientos). Al parecer Edith (mierda) llegó a la estación de autobuses temprano y mientras esperaba a Patricia, sintiendo sueño, se retiró al fondo a dormir en un sofá. Por eso Pat y yo no la vimos.

Mis esfuerzos desesperados por librar a Pat de Edith fracasaron, incluso el terror de Pat y su sentimiento de esclava hacia ella resultó suficiente para que dijera que debía ver a "alguien" y que se reuniría con Edith más tarde. Todo fracasó. Edith era sabia; vio lo que pasaba entre Pat y yo.

Bien, resumiré: Pat y yo nos quedamos de pie en la estación (a la vista de su hermana) y nos abrazamos, prometiendo no volver a amar nunca y luego cogí el autobús para Kansas City y Pat se fue a su casa, mansamente, con su dominante hermana. Ay, ay...

Totalmente deprimido (inténtalo y comparte mis sentimientos) me senté, mientras el autobús corría hacia Kansas. En Columbia, Montana, una joven virgen (diecinueve), completamente pasiva (mi carne), subió y compartió mi asiento... En mi depresión por la pérdida de Pat, la perfecta, decidí allí sentado en el autobús (tras el conductor), a plena luz del día, seducirla, de diez y media a dos y media hablé. Una vez que me hice a la chica (confundida, toda su vida alterada, metafísicamente deslumbrada por mí, apasionada en su inmadurez), llamó a sus parientes de Kansas City y fue conmigo a un parque (empezaba a oscurecer) y la jodí; jodí como nunca; toda mi emoción contenida liberándose en esta joven virgen (y lo era) que es, por cierto, *¡maestra de escuela!* Imagina, había estado dos años en la normal de magisterio del estado de Montana y ahora enseña en un instituto. (No logro pensar a derechas).

Dejaré de escribir. Oh, sí, para liberarme por un momento de mis emociones; debes leer *Almas Muertas*, partes de ella (en las que Gogol muestra su penetración) son exactamente como tú.

Elaboraré esto más tarde (¿quizás?) pero de momento estoy borracho y feliz (después de todo, me siento libre de Patricia, gracias a la joven virgen. No tengo nombre para ella. Con las felices notas de "Saltando y Mesners" de Les Young (que estoy oyendo) lo dejo hasta más tarde.

A mi hermano.
¡Adelante!
N. L. Cassady

Carta a Jack Kerouac, 3 de julio de 1949 (fragmento)

Querido Jack:

Siento como un recuerdo de cosas pasadas. Así pues, aquí va una breve historia de detenciones. Un historial clínico.

Trabajé por primera vez como repartidor en moto en Denver. Conocí a un tipo llamado Ben y con él solía robar lo que veíamos mientras navegábamos al amanecer en su Buick del 27. Una de las cosas que hicimos fue estrellar el coche del director del instituto, otra, fue robar pollos a un hombre a quien él detestaba, otra fue desguazar coches y vender las piezas. Le compré el Buick por veinte dólares. Mi primer coche; no podía pasar la inspección de freno y luces, así que decidí que necesitaba una licencia de otro estado para manejarlo sin que me detuvieran. Fui a Wichita, Kansas, a conseguir las placas. Cuando volvía a dedo con las placas ocultas debajo de la chaqueta, pasé por Russey, Kansas. Cuando bajaba por la calle principal se me echó encima un sheriff fisgón que debió pensar que yo era demasiado joven para hacer autostop. Descubrió las placas y me encerró en la cárcel de dos celdas con un delincuente rural que debía estar en la casa por la vieja, pues no podía alimentarse él mismo (la mujer del sheriff lo alimentaba) y se pasaba el día allí sentado babeando y gimoteando. Tras la oportuna investigación que incluyó vulgaridades como un tono paternal, luego un cambio abrupto para asustarme con amenazas, una investigación de mi letra, etc., me pusieron en libertad y volví a golpe de pulgar a Denver. Al pensarlo, puedo recordar muchos de los delitos que cometí y poco de mi siguiente detención. Pero creo que ésta fue mi segunda detención. Yo había ido a Indianápolis a la clásica de autos del 39 y a South Bend a ver Notre Damme y a California a vivir en Los Angeles y todo esto a dedo por mi cuenta me había hecho ver que era más sabio hacer autostop de día y robar un coche por la noche para adelantar. En fin, cuando regresé a Denver eso se convirtió en un hábito, y todas las noches dormía en la bañera de alguna casa de apartamentos y me levantaba y buscaba el piso de un amigo para comer y luego robaba un coche para coger chicas a la salida del colegio. Podía cambiar de coche a media tarde, pero luego no conseguía una chica y pasaba la noche en las montañas, volviendo al amanecer a mi bañera. Llegué a cansarme de esto y decidí volver a California. Conocí a un tipo llamado Bill Smith que quiso venirse también. Un día de primavera del 41, yo tenía quince años, robamos un Plymouth en Stout y 46. Nos quedamos sin gasolina cuando entrábamos en Colo Springs. Yo caminé una manzana o así y vi un Buick junto a la acera, entré, recogí a Bill en la esquina y seguimos viaje.

Al cruzar Pueblo, vi el coche de un poli detrás y sugería que nos desviáramos y corriéramos, pero Bill fue terco. Claro está, nos pararon, no creyeron lo que les contamos y nos encerraron. En la comisaría descubrí que nos habían cogido tan rápido porque casualmente yo había elegido el coche del fiscal del distrito. Una hora después, el fiscal de distrito de C. Springs vino a recuperar su coche y a llevarnos para que nos juzgaran. No querían creer que Bill se llamase realmente Bill Smith, porque sonaba como un alias. Tampoco querían creer que fuese un autoestopista, tal como yo les dije. Yo tenía un poco de vaselina para mis labios cuarteados y el policía me miró burlón y me preguntó si éramos maricones. Nos encerraron en la cárcel del condado y allí estuvimos treinta días hasta que nos llevaron a juicio. El padre de Smith compareció y nos libró. Volví otra vez a Denver.

La siguiente detención fue un año después. Durante ese tiempo, yo había vuelto a dormir a casa de mi hermano, pero, no trabajaba y seguía con la costumbre de robar coches y conseguir chicas todas las noches. Dejé a mi hermano, me fui a vivir con un tal Bill Mattley (ya lo había hecho antes). Salimos de nuevo hacia California. Esta vez Mattley y yo no tuvimos ningún problema hasta llegar a Albuquerque. Nos arrastró una inundación realmente desastrosa (destrozó el suministro de agua, etc.). Nos quedamos atascados dos días sin medio de transporte y sin coche que robar. Pasamos la noche en un depósito de locomotoras. Bill quería volver, yo también. Por último, vi a un médico aparcar su Buick delante del hospital. Me lancé hacia él, entré y recogí a Bill y salimos hacia Denver. A los ciento cincuenta kilómetros más o menos estábamos borrachos a cuenta de la botella que habíamos encontrado en el suelo del coche y Bill quiso conducir. Lo hizo, a ciento veinte kilómetros por hora, patinó en el suelo mojado y nos fuimos a la cuneta. Hubimos de llegar a pie, etc. Yo flirteaba con Justine aquel otoño del 41 y vivía en casa de sus tíos. Robaba de nuevo coches con Bend y los desguazábamos. Una noche, pasábamos en coche ante un solar en el que había aparcado yo un coche peligroso unos meses antes, en el verano. Miré hacia allí y, créase o no, mis ojos vieron el mismo coche. No podíamos creerlo y nos acercamos cautelosamente hasta él. Co



Por Neal Cassady

CARTAS a JACK

Los beatniks vuelven a estar de moda y nada mejor para celebrar otra vez el libre flujo de conciencia por las carreteras y los bares que espiar este puñado de reveladoras cartas a Jack Kerouac, buda indiscutido del movimiento en cuestión. Neal Cassady (1924/1968) es –mejor conocido como Dean Moriarty– el épico y picaresco protagonista de "En el camino", el hombre a quien Allen Ginsberg le dedicara su "Aullido" y autor de la casi desconocida novela "El primer tercio". Novela donde lo que van a leer funciona como apéndice cerca del final, cuando nuestro vagabundo del Dharma comienza a presentir el fin de sus días y el principio de su leyenda en la forma de "un recuerdo de cosas pasadas".

Carta a Jack Kerouac, 7 de marzo de 1947 (Kansas City, Montana)

Querido Jack:

Estoy sentado en un bar en la calle Market. Borracho, bueno, no del todo, pero pronto lo estaré. Estoy aquí por dos razones: he de esperar cinco horas el autobús de Denver y por último, pero, lo más importante, estoy aquí (bebiendo), por supuesto, por una mujer *¡y qué mujer!* Seamos cronológicos.:

Estaba yo sentado en el autobús cuando subieron más pasajeros en Indianápolis, Indiana... una beldad perfectamente proporcionada, intelectual, apasionada, personificación de la Venus de Milo, me preguntó si el asiento de al lado estaba ocupado. Tartamudeé (estoy borracho ya) farfullé y por fin grité ¡No! (paradoja de expresión, después de todo, ¿cómo puede uno tartamudear ¡No!!?) Se sentó (yo sudaba), empezó a hablar, supe que serían generalidades, así que para tentarla guardé silencio.

Ella (se llama Patricia) cogió el autobús a las ocho (¡obscuridad!) yo no hablé hasta las diez: en esas dos horas no sólo decidí, por supuesto, conseguirla, sino ¡cómo hacerlo!

Naturalmente, no puedo dar cita literal de la conversación, pero aun así intentaré darte la esencia de ella de las diez a las dos.

Sin el menor preámbulo de comentarios objetivos (¿cómo te llamas? ¿adónde vas? etc.) me lancé a un tipo de conversación totalmente sabedora, totalmente subjetiva, personal y digamos "penetrándola hasta el fondo"; en menos palabras (dado que ya soy casi incapaz de escribir) a las dos me estaba jurando eterno amor, completa subjetividad para mí e inmediata satisfacción. Yo, anticipando aún más placer, no quise permitirle que me la chupara en el autobús, en vez de eso jugamos como dicen, uno con otro.

Sabiendo que su ser sumamente perfecto era todo mío (cuando tenga más coherencia te contaré su historia completa y razón psicológica para amarme), no podía imaginar que hubiese obstáculos a mi satisfacción; en fin "los mejores planes fornicatorios de ratones y hombres se unen y mi verdugo fue su hermana, la zorra".

Pat me había dicho que iba a San Luis a ver a su hermana; le había telegrafiado para que la esperara en la estación. Así que para librarnos de su hermana echamos una ojeada cautelosa a la estación cuando llegamos aSan Luis a las cuatro, para ver si ella (su hermana) estaba presente. Si no, Pat pediría su maleta, se cambiaría de ropa en la sala de espera y los dos nos encaminaríamos a la habitación de un hotel hacia una noche (¿años?) de gloria perfecta. La hermana no estaba a la vista, así que Ella (advierte la mayúscula) pidió su maleta y se retiró al baño a cambiarse... Largo paréntesis... El siguiente párrafo debe escribirse, necesariamente de forma por completo objetiva...

Edith (su hermana) y Patricia (mi amor) salieron del meódromo de la mano (no describiré mis pensamientos). Al parecer Edith (mierda) llegó a la estación de autobuses temprano y mientras esperaba a Patricia, sintiendo sueño, se retiró al fondo a dormir en un sofá. Por eso Pat y yo no la vimos.

Mis esfuerzos desesperados por librar a Pat de Edith fracasaron, incluso el terror de Pat y su sentimiento de esclava hacia ella resultó suficiente para que dijera que debía ver a "alguien" y que se reuniría con Edith más tarde. Todo fracasó. Edith era sabia; vio lo que pasaba entre Pat y yo.

Bien, resumiré: Pat y yo nos quedamos de pie en la estación (a la vista de su hermana) y nos abrazamos, prometiendo no volver a amar nunca y luego cogí el autobús para Kansas City y Pat se fue a su casa, mansamente, con su dominante hermana. Ay, ay...

Totalmente deprimido (inténtalo y comparte mis sentimientos) me senté, mientras el autobús corría hacia Kansas. En Columbia, Montana, una joven virgen (diecinueve), completamente pasiva (mi carne), subió y compartió mi asiento... En mi depresión por la pérdida de Pat, la perfecta, decidí allí sentado en el autobús (tras el conductor), a plena luz del día, seducirla, de diez y media a dos y media hablé. Una vez que me hice a la chica (confundida, toda su vida alterada, metafísicamente deslumbrada por mí, apasionada en su inmadurez), llamó a sus parientes de Kansas City y fue conmigo a un parque (empezaba a oscurecer) y la jodí; jodí como nunca; toda mi emoción contenida liberándose en esta joven virgen (y lo era) que es, por cierto, *¡maestra de escuela!* Imagina, había estado dos años en la normal de magisterio del estado de Montana y ahora enseña en un instituto. (No logro pensar a derechas).

Dejaré de escribir. Oh, sí, para liberarme por un momento de mis emociones; debes leer *Almas Muertas*, partes de ella (en las que Gogol muestra su penetración) son exactamente como tú.

Elaboraré esto más tarde (¿quizás?) pero de momento estoy borracho y feliz (después de todo, me siento libre de Patricia, gracias a la joven virgen. No tengo nombre para ella. Con las felices notas de "Saltando y Mesners" de Les Young (que estoy oyendo) lo dejo hasta más tarde.

A mi hermano.
¡Adelante!
N. L. Cassady

Carta a Jack Kerouac, 3 de julio de 1949 (fragmento)

Querido Jack:

Siento como un recuerdo de cosas pasadas. Así pues, aquí va una breve historia de detenciones. Un historial clínic o .

Trabajé por primera vez como repartidor en moto en Denver. Conocí a un tipo llamado Ben y con él solía robar lo que veíamos mientras navegábamos al amanecer en su Buick del 27. Una de las cosas que hicimos fue estrellar el coche del director del instituto, otra, fue robar pollos a un hombre a quien él detestaba, otra fue desguazar coches y vender las piezas. Le compré el Buick por veinte dólares. Mi primer coche; no podía pasar la inspección de freno y luces, así que decidí que necesitaba una licencia de otro estado para manejarlo sin que me detuvieran. Fui a Wichita, Kansas, a conseguir las placas. Cuando volvía a dedo con las placas ocultas debajo de la chaqueta, pasé por Russey, Kansas. Cuando bajaba por la calle principal se me echó encima un sheriff fisgón que debió pensar que yo era demasiado joven para hacer autostop. Descubrió las placas y me encerró en la cárcel de dos celdas con un delincuente rural que debía estar en la casa por la vieja, pues no podía alimentarse él mismo (la mujer del sheriff lo alimentaba) y se pasaba el día allí sentado babeando y gimoteando. Tras la oportuna investigación que incluyó vulgaridades como un tono paternal, luego un cambio abrupto para asustarme con amenazas, una investigación de mi letra, etc., me pusieron en libertad y volví a golpe de pulgar a Denver. Al pensarlo, puedo recordar muchos de los delitos que cometí y poco de mi siguiente detención. Pero creo que ésta fue mi segunda detención. Yo había ido a Indianápolis a la clásica de autos del 39 y a South Bend a ver Notre Damme y a California a vivir en Los Angeles y todo esto a dedo por mi cuenta me había hecho ver que era más sabio hacer autostop de día y robar un coche por la noche para adelantar. En fin, cuando regresé a Denver eso se convirtió en un hábito, y todas las noches dormía en la bañera de alguna casa de apartamentos y me levantaba y buscaba el piso de un amigo para comer y luego robaba un coche para coger chicas a la salida del colegio. Podía cambiar de coche a media tarde, pero luego no conseguía una chica y pasaba la noche en las montañas, volviendo al amanecer a mi bañera. Llegué a cansarme de esto y decidí volver a California. Conocí a un tipo llamado Bill Smith que quiso venirse también. Un día de primavera del 41, yo tenía quince años, robamos un Plymouth en Stout y 46. Nos quedamos sin gasolina cuando entrábamos en Colo Springs. Yo caminé una manzana o así y vi un Buick junto a la acera, entré, recogí a Bill en la esquina y seguimos viaje.

Al cruzar Pueblo, vi el coche de un poli detrás y sugería que nos desviáramos y corriéramos, pero Bill fue terco. Claro está, nos pararon, no creyeron lo que les contamos y nos encerraron. En la comisaría descubrí que nos habían cogido tan rápido porque casualmente yo había elegido el coche del fiscal del distrito. Una hora después, el fiscal de distrito de C. Springs vino a recuperar su coche y a llevarnos para que nos juzgaran. No querían creer que Bill se llamase realmente Bill Smith, porque sonaba como un alias. Tampoco querían creer que fuese un autoestopista, tal como yo les dije. Yo tenía un poco de vaselina para mis labios cuarteados y el policía me miró burlón y me preguntó si éramos maricones. Nos encerraron en la cárcel del condado y allí estuvimos treinta días hasta que nos llevaron a juicio. El padre de Smith compareció y nos libró. Volví otra vez a Denver.

La siguiente detención fue un año después. Durante ese tiempo, yo había vuelto a dormir a casa de mi hermano, pero, no trabajaba y seguía con la costumbre de robar coches y conseguir chicas todas las noches. Dejé a mi hermano, me fui a vivir con un tal Bill Mattley (ya lo había hecho antes). Salimos de nuevo hacia California. Esta vez Mattley y yo no tuvimos ningún problema hasta llegar a Albuquerque. Nos arrastró una inundación realmente desastrosa (destrozó el suministro de agua, etc.). Nos quedamos atascados dos días sin medio de transporte y sin coche que robar. Pasamos la noche en un depósito de locomotoras. Bill quería volver, yo también. Por último, vi a un médico aparcar su Buick delante del hospital. Me lancé hacia él, entré y recogí a Bill y salimos hacia Denver. A los ciento cincuenta kilómetros más o menos estábamos borrachos a cuenta de la botella que habíamos encontrado en el suelo del coche, y Bill quiso conducir. Lo hizo, a ciento veinte kilómetros por hora, patinó en el suelo mojado y nos fuimos a la cuneta. Hubimos de llegar a pie, etc. Yo flirteaba con Justine aquel otoño del 41 y vivía en casa de sus tíos. Robaba de nuevo coches con Bend y los desguazábamos. Una noche, pasábamos en coche ante un solar en el que había aparcado yo un coche peligroso unos meses antes, en el verano. Miré hacia allí y, créase o no, mis ojos vieron el mismo coche. No podíamos creerlo y nos acercamos cautelosamente hasta él. Como sabes, Jack, si dejas un coche peligroso en un solar de la parte baja del centro de la ciudad, lo localizan seguro en pocos días. (El solar estaba, dado que estás en Denver, en la calle Lawrence, entre la 19 y la 20). Bueno, lo cierto era que aquel coche llevaba allí cinco meses y aún no lo habían localizado. ¡Estábamos entusiasmados! Esto significaba que el coche ya no era peligroso y podíamos quedárnoslo si lo disfrazábamos. Los chicos del barrio habían jugado con él y se habían llevado algunas piezas, habían estropeado la radio etc., pero conseguimos ponerlo en marcha, hinchamos las ruedas en una estación de servicio y fuimos... Hice una pausa para releer esto... Está hecho demasiado de prisa, es estúpido: lo dejo. Me han detenido diez veces y cumplí un total de quince meses por seis delitos...

Carta a Jack Kerouac, 10 de setiembre de 1950 (fragmento)

Querido Jack: (escribiendo en la locomotora de un tren).

Mi maravilloso y gran amigo. Te he hecho la justicia de leer tu carta de Richmond Hill alto y por las tierras más interiores.

He de decir que eres mi chico, hermoso... Bueno, en fin, escucha: Empezaré desde el momento en que os dejé a Frank y a ti voy ahora. Es una tarea tan gigantesca, me siento Proust y debes disculparme.

Dejé M. City, "apretándome el cinturón" para el largo viaje que me aguardaba. Me fijé más en el paisaje y la gente que veía pasar desde el coche. Al estar solo, no me sentía obligado a hacer resumen para otra mente y dado que no respondía a otras voces que atrajesen mi atención, hacia otros sectores del paisaje o de otro modo, no me di cuenta de lo que podría haberme dejado de ver mientras conducía, porque no había nadie que llamase mi atención sobre ello y así sólo tenía que atender mis propios chiflados pensamientos, respondía a cada emoción perfectamente cuando llegaba.

La ardua escalada por los puertos montañosos con la extrema belleza de manejar el coche de modo que funcionase perfectamente sobre la superficie de la carretara mientras mi mente pensaba tales pensamientos que pronto pensé concretamente cómo podría al fin explicarte sobre el papel quizá la ciencia de la acción. Pero más tarde... en fin... debo subrayar lo maravilloso que era.

Ahora bien, las sensaciones visuales figuran entre las mayores del mundo, en realidad nada las supera en términos de pensamiento abstracto, porque es la forma en que manejas esas sensaciones lo que determina la conclusión concreta (en abstracción de la mente) de la perspectiva de cada momento. El recuerdo de tu vida, la visión de tu ojo son en realidad las únicas dos cosas inmediatas de primera mano que tu mente puede transmitir instantáneamente.

Nuestra mente lleva siempre la presión de su propia existencia, y recuerda anteriores visiones oculares para evocar lo que ha sido de tu vida anterior y alimentándose de esta materia, transporta una profunda compresión de cosas que es capaz de conocer y este conocimiento queda bloqueado y no puede salir, porque si bien la mente lleva constantemente el pasado de la propia vida, también tiene ante sí constantemente el mundo que entra a través del ojo.

Tan absorto llegué a estar en mis ojos y lo que me traían al alcanzar la cima y al atravesar cada pueblo, que miraba al mundo como se mira un cuadro. Mi campo de visión pasó a ser entonces como el lienzo, y mientras miraba, veía los cuatro ángulos del marco que sostenía el cuadro. Desde entonces, en cuanto siento el más leve tedio, simplemente alzo los ojos de lo que estoy haciendo y anoto cuidadosamente la escena concreta que hay ante mis ojos.

En este momento, a mi izquierda, el grasiento y gordo cuello del obeso fogonero que se escarba cuidadosamente la nariz.

Carta a Jack Kerouac, febrero 1951 (fragmento)

Cierro aquí una realmente rápida y despachada sólo en un par de horas. En realidad, escribí este pobre y pequeño comienzo de una cosa hacia principio de enero antes de venir al Este de visita. No me siento mal en cuando a sus escasas virtudes porque la liquidé toda entera sin una pausa.

Mi segundo viaje de Denver a Los Angeles no fue la lucha agotadora que había sido el primero. Establecí una norma utilizada en años posteriores cuando hacía autostop hacia el sur desde mi pueblo natal, es decir, siempre salía de la ciudad de la forma que lo hice esta vez. La táctica era estar en la salida sur de Denver al amanecer y no dejando la carretera ni un instante, hacer lo posible por llegar a Raton, Nuevo México, al anochecer. Siempre lo conseguí. Tengo, al parecer, la extraordinaria suerte de conseguir recorrer esta distancia de más de trescientos kilómetros haciendo viajes rápidos que a menudo me llevan hasta Nuevo México a primera hora de la tarde. Por el contrario, una vez en el cruce de Raton (el ramal de la derecha lleva a Texas y al sureste, el de la izquierda al suroeste y California) unas manzanas más allá del paso ferroviario donde los cargueros rápidos empiezan a tomar velocidad, jamás logré viaje hasta después de varias horas. Mi primer viaje había alterado su medio de transporte en este punto; a la medianoche, después de darle al pulgar ocho horas seguidas, me decidí a tomar uno de esos trenes frigoríficos rápidos y seguir la mitad de la jornada por la vía. Un par de años después hube de esperar dos días en aquel sitio sin que me cogiese ningún automovilista amable. Esta vez, sin embargo, tuve la buena suerte de establecer contactos inmediatos con uno de los escasos coches que pasaban. Me llevó a Taos, y cuando lo dejé aún no había oscurecido. Ya estaba encantado; nunca había conseguido viaje tan rápido y sólo al escapar de la Raton Rut me alegraba infinito. Me sentía seguro y confiado; estaba feliz.

Saltaba siguiendo a grandes zancadas el estrecho asfalto, sorbiendo ávidamente el limpio aire de la montaña, maravillándome ante el espléndido oro bermellón del crepúsculo. Se alineaban los edificios de adobe; cada diez había un bar. De sus puertas abiertas venía ruidosa música mexicana y los aromas de comidas especiadas. Indios borrachos, su largo pelo negro trenzado bajo extraños sombreros, utilizaban el centro de la carretera como vía para hacer eses. Algunos canturreaban para sí, ninguno hablaba, y la mayoría pasaba ante mí en obscuro silencio con ojos fríos. Delante, en mitad de una loma, vi a un ranchero blanco que salía de una de las cavernas y se dirigía a una camioneta; estaba terminando una botella de cerveza mientras lentamente se acercaba al vehículo. Corrí para alcanzarlo y conseguir transporte. Captó mi intención, antes de que tuviese posibilidad de expresarla. Y examinándome un segundo dijo: "Entra". No me llevó lejos, pero pronto conseguí otro viaje que me puso en Santa Fe hacia la medianoche.

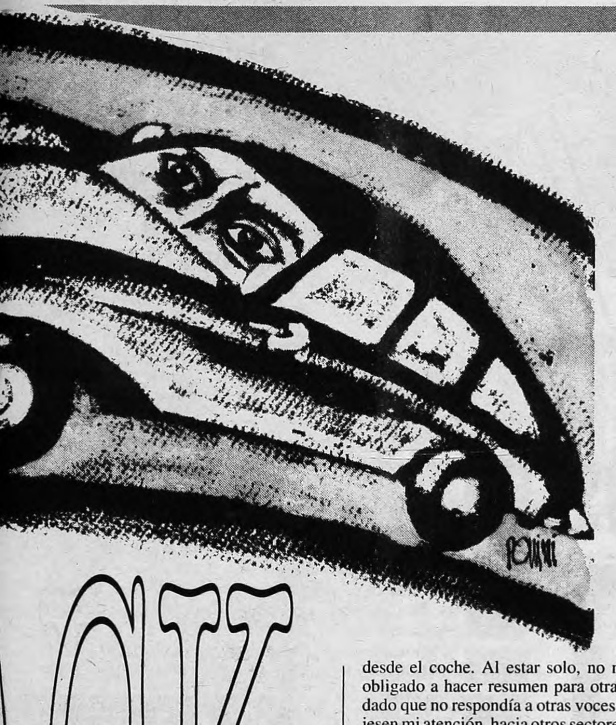
Recorrí esta ciudad con bastante hambre... bastante, digo, porque no había comido desde la mañana, y tenía en el bolsillo dinero suficiente para una buena pitanza. Sabiendo que era sumamente importante hacer autostop con éxito una vez caída la noche, aproveché para ver lo que pudiera de capital de estado mientras la cruzaba tranquilamente para una larga comida. Pensé que este programa me pondría "en la carretera" y en posición aún mucho antes de amanecer, así que lo seguí.

Recuerdo cuando pasé ante el cuartel de la policía del estado y que dos feroces patrulleros dejaron su bien iluminado interior y lanzaron sus botas flexibles sobre el camino de grava breves segundos hasta meterse en su coche celular con radio con movimientos automáticos de implacable eficacia. Esta fugaz visión de sus duros rostros de feroces mandíbulas, y sus rostros inmóviles como acero, el brillo de sus ojos implacables que resplandecían con celo para cumplir con su deber, hicieron que me estremeciese al pensar lo cerca que tenían su presa. Giraron las ruedas y se alejaron mientras yo compadecía a quien atraparan aquella noche. Conocía bien sus tácticas implacables y no pude evitar un suspiro de alivio por no ser su víctima prevista. Pasé ante cafés de turistas llenos que servían platos mexicanos y norteamericanos a viajeros prósperos, atendiendo solícitamente sus menores deseos, mientras sus lujosos automóviles aparcados en la parte superior de la calle sin adoquinar esperaban pacientemente en plácico esplendor a llevarlos (escoltados en majestuoso estilo) cuando fuese su deseo marchar. La zona del centro de la ciudad estaba atestada de masas de humanidad, aunque era tarde, y no creo que fuese noche de sábado. Las masas eran más notorias por anchura de calleja de las calles (menos de siete metros) en las que se embotellaban los coches con exasperado bocineo. Las aceras rebosaban gente. Hombres vestidos de vaqueros y demás, blancos borrachos y demás, muchachas indias enfundadas en mocasines, mujeres indias enfundadas en grasa, chicas mexicanas de ajustadas faldas y andar provocativo, viejas mexicanas en más gordo y cargadas de niños sucios, mujeres blancas de todo tipo, camareras, herederas, etc. Y niños, niños por todos los sitios imaginables, saltando y gritando, correteando entre los coches a media manzana o tranquilos y taciturnos pasando con la cabeza baja. Sobre toda esta masa de actividad llameaban las luces. El mayor invento de Edison colgaba sobre las apiñadas cabezas con asombrosa profusión. Había allí maravillosos disipadores de obscuridad de todos los colores y de todas las formas. Incontables miles de luces se extendían por una milla cuadrada desplegando una charra brillantez que sumía las partes adyacentes de la ciudad en la oscuridad. Brillaban en todas las paredes, caían de todos los techos, iluminaban todos los escaparates desde hileras e hileras de ordenadas bombillas. Gigantescos focos lanzaban agudos dedos de fuego sobre los tejados. Enormes carteles lanzaban su masa desde la fachada del edificio y arrastraban los ojos hacia letras multicolores que proclamaban anuncios con resplandor eléctrico. Grandes tableros en círculo continuo cubrían los segundos pisos con luminosa escritura. Otros grandes y únicos parpadeaban desde la pared sobre todos los quicios. Otros más pequeños, controlados por cadenas de mano, se habían encendido en el interior de los edificios. Los pequeños se unían a esta firme corriente de luces ayudando a las farolas a rivalizar con el sol. Bajo la cartelera de un cine enzarzada en combate con la noche lanzando luminosas andanadas de charra claridad a intervalos regulares, me detuve asombrado por el tamaño del presupuesto eléctrico de esta pequeña ciudad. La mayoría de sus gastos deben ir en el capítulo de electricidad, pagando sumas increíbles por el privilegio de aquel brillo absurdo. Si apagasen dos tercios de las luces, las restantes deslumbrarían Times Square con su luz de día artificial. Envidié a los propietarios de la empresa eléctrica que suministra a Santa Fe.

Consumí mi cena en un vistoso restaurante decorado con motivos mexicanos. Me entretuve con un segundo café hasta las tres y luego me dirigí a la carretera. Suerte instantánea... ¡asombrosa suerte! Un Packard crema del 41 descapotable (esto en el 42) rechinó frenando a unos cincuenta metros de mí. Corrí y entré y me senté al lado de un hombre, que viajaba solo. Iba (tienes que creerlo) ¡a Los Angeles! ¡Qué viaje! Nunca lo hice tan bueno. Condujo a más de cien por hora varios cientos de kilómetros y luego paró y durmió unas horas en el asiento delantero. Yo dormí en el trasero. Parábamos donde le apetecía: El Gran Cañón, los puestos de cacharros de la carretera, etc. El pagó todas las comidas. En resumen, fue un sueño hecho realidad, salvo que nunca me pidió que condujera, y yo no se lo pedí para no correr el riesgo de que se enfadara.

Nos dirigimos a Los Angeles por el sur, por la carretera 101. Una vez en Venice, California (en realidad una parte de las cuatrocientas cuarenta millas cuadradas por la que se extiende Los Angeles) le di las más efusivas gracias y le dejé, a cinco manzanas del lugar para llegar al cual había recorrido dos mil kilómetros...

 Martes 8 de febrero de 1994



ACK

mo sabes, Jack, si dejas un coche peligroso en un solar de la parte baja del centro de la ciudad, lo localizan seguro en pocos días. (El solar estaba, dado que estás en Denver, en la calle Lawrence, entre la 19 y la 20). Bueno, lo cierto era que aquel coche llevaba allí cinco meses y aún no lo habían localizado. ¡Estábamos entusiasmados! Esto significaba que el coche ya no era peligroso y podíamos quedárnoslo si lo disfrazábamos. Los chicos del barrio habían jugado con él y se habían llevado algunas piezas, habían estropeado la radio etc., pero conseguimos ponerlo en marcha, hinchamos las ruedas en una estación de servicio y fuimos... Hice una pausa para releer esto... Está hecho demasiado de prisa, es estúpido: lo dejo. Me han detenido diez veces y cumplí un total de quince meses por seis delitos...

Carta a Jack Kerouac, 10 de setiembre de 1950 (fragmento)

Querido Jack: (escribiendo en la locomotora de un tren).

Mi maravilloso y gran amigo. Te he hecho la justicia de leer tu carta de Richmond Hill alto y por las tierras más interiores.

He de decir que eres mi chico, hermoso... Bueno, en fin, escucha: Empezaré desde el momento en que os dejé a Frank y a ti voy ahora. Es una tarea tan gigantesca, me siento Proust y debes disculparme.

Dejé M. City, "apretándome el cinturón" para el largo viaje que me aguardaba. Me fijé más en el paisaje y la gente que veía pasar desde el coche. Al estar solo, no me sentía obligado a hacer resumen para otra mente y dado que no respondía a otras voces que atrajesen mi atención, hacia otros sectores del paisaje o de otro modo, no me di cuenta de lo que podría haberme dejado de ver mientras conducía, porque no había nadie que llamase mi atención sobre ello y así sólo tenía que atender mis propios chiflados pensamientos, respondía a cada emoción perfectamente cuando llegaba.

La ardua escalada por los puertos montañosos con la extrema belleza de manejar el coche de modo que funcionase perfectamente sobre la superficie de la carretera mientras mi mente pensaba tales pensamientos que pronto pensé concretamente cómo podría al fin explicarte sobre el papel quizá la ciencia de la acción. Pero más tarde... en fin... debo subrayar lo maravilloso que era.

Ahora bien, las sensaciones visuales figuran entre las mayores del mundo, en realidad nada las supera en términos de pensamiento abstracto, porque es la forma en que manejas esas sensaciones lo que determina la conclusión concreta (en abstracción de la mente) de la perspectiva de cada momento. El recuerdo de tu vida, la visión de tu ojo son en realidad las únicas dos cosas inmediatas de primera mano que tu mente puede transmitir instantáneamente.

Nuestra mente lleva siempre la presión de su propia existencia, y recuerda anteriores visiones oculares para evocar lo que ha sido de tu vida anterior y alimentándose de esta materia, transporta una profunda compresión de cosas que es capaz de conocer y este conocimiento queda bloqueado y no puede salir, porque si bien la mente lleva constantemente el pasado de la propia vida, también tiene ante sí constantemente el mundo que entra a través del ojo.

Tan absorto llegué a estar en mis ojos y lo que me traían al alcanzar la cima y al atravesar cada pueblo, que miraba al mundo como se mira un cuadro. Mi campo de visión pasó a ser entonces como el lienzo, y mientras miraba, veía los cuatro ángulos del marco que sostenía el cuadro. Desde entonces, en cuanto siento el más leve tedio, simplemente alzo los ojos de lo que estoy haciendo y anoto cuidadosamente la escena concreta que hay ante mis ojos.

En este momento, a mi izquierda, el grasiento y gordo cuello del obeso fogonero que se escarba cuidadosamente la nariz.

Carta a Jack Kerouac, febrero 1951 (fragmento)

Cierro aquí una realmente rápida y despachada sólo en un par de horas. En realidad, escribí este pobre y pequeño comienzo de una cosa hacia principio de enero antes de venir al Este de visita. No me siento mal en cuando a sus escasas virtudes porque la liquidé toda entera sin una pausa.

Mi segundo viaje de Denver a Los Angeles no fue la lucha agotadora que había sido el primero. Establecí una norma utilizada en años posteriores cuando hacía autostop hacia el sur desde mi pueblo natal, es decir, siempre salía de la ciudad de la forma que lo hice esta vez. La táctica era estar en la salida sur de Denver al amanecer y no dejando la carretera ni un instante, hacer lo posible por llegar a Raton, Nuevo México, al anochecer. Siempre lo conseguí. Tengo, al parecer, la extraordinaria suerte de conseguir recorrer esta distancia de más de trescientos kilómetros haciendo viajes rápidos que a menudo me llevan hasta Nuevo México a primera hora de la tarde. Por el contrario, una vez en el cruce de Raton (el ramal de la derecha lleva a Texas y al sureste, el de la izquierda al suroeste y California) unas manzanas más allá del paso ferroviario donde los cargueros rápidos empiezan a tomar velocidad, jamás logré viaje hasta después de varias horas. Mi primer viaje había alterado su medio de transporte en este punto; a la medianoche, después de darle al pulgar ocho horas seguidas, me decidí a tomar uno de esos trenes frigoríficos rápidos y seguir la mitad de la jornada por la vía. Un par de años después hube de esperar dos días en aquel sitio sin que me cogiese ningún automovilista amable. Esta vez, sin embargo, tuve la buena suerte de establecer contactos inmediatos con uno de los escasos coches que pasaban. Me llevó a Taos, y cuando lo dejé aún no había oscurecido. Ya estaba encantado; nunca había conseguido viaje tan rápido y sólo al escapar de la Raton Rut me alegraba infinito. Me sentía seguro y confiado; estaba feliz.

Saltaba siguiendo a grandes zancadas el estrecho asfalto, sorbiendo ávidamente el limpio aire de la montaña, maravillándome ante el espléndido oro bermellón del crepúsculo. Se alineaban los edificios de adobe; cada diez había un bar. De sus puertas abiertas venía ruidosa música mexicana y los aromas de comidas especiadas. Indios borrachos, su largo pelo negro trenzado bajo extraños sombreros, utilizaban el centro de la carretera como vía para hacer eses. Algunos canturreaban para sí, ninguno hablaba, y la mayoría pasaba ante mí en obscuro silencio con ojos fríos. Delante, en mitad de una loma, vi a un ranchero blanco que salía de una de las cavernas y se dirigía a una camioneta; estaba terminando una botella de cerveza mientras lentamente se acercaba al vehículo. Corrí para alcanzarlo y conseguir transporte. Captó mi intención, antes de que tuviese posibilidad de expresarla. Y examinándome un segundo dijo: "Entra". No me llevó lejos, pero pronto conseguí otro viaje que me puso en Santa Fe hacia la medianoche.

Recorrí esta ciudad con bastante hambre... bastante, digo, porque no había comido desde la mañana, y tenía en el bolsillo dinero suficiente para una buena pitanza. Sabiendo que era sumamente importante hacer autostop con éxito una vez caída la noche, aproveché para ver lo que pudiera de capital de estado mientras la cruzaba tranquilamente para una larga comida. Pensé que este programa me pondría "en la carretera" y en posición aún mucho antes de amanecer, así que lo seguí.

Recuerdo cuando pasé ante el cuartel de la policía del estado y que dos feroces patrulleros dejaron su bien iluminado interior y lanzaron sus botas flexibles sobre el camino de grava breves segundos hasta meterse en su coche celular con radio con movimientos automáticos de implacable eficacia. Esta fugaz visión de sus duros rostros de feroces mandíbulas, y sus rostros inmóviles como acero, el brillo de sus ojos implacables que resplandecían con celo para cumplir con su deber, hicieron que me estremeciese al pensar lo cerca que tenían su presa. Giraron las ruedas y se alejaron mientras yo compadecía a quien atraparan aquella noche. Conocía bien sus tácticas implacables y no pude evitar un suspiro de alivio por no ser su víctima prevista. Pasé ante cafés de turistas llenos que servían platos mexicanos y norteamericanos a viajeros prósperos, atendiendo solícitamente sus menores deseos, mientras sus lujosos automóviles aparcados en la parte superior de la calle sin adoquinar esperaban pacientemente en plácido esplendor a llevarlos (escoltados en majestuoso estilo) cuando fuese su deseo marchar. La zona del centro de la ciudad estaba atestada de masas de humanidad, aunque era tarde, y no creo que fuese noche de sábado. Las masas eran más notorias por anchura de calleja de las calles (menos de siete metros) en las que se embotellaban los coches con exasperado bocineo. Las aceras rebosaban gente. Hombres vestidos de vaqueros y demás, blancos borrachos y demás, muchachas indias enfundadas en mocasines, mujeres indias enfundadas en grasa, chicas mexicanas de ajustadas faldas y andar provocativo, viejas mexicanas en más gordo y cargadas de niños sucios, mujeres blancas de todo tipo, camareras, herederas, etc. Y niños, niños por todos los sitios imaginables, saltando y gritando, correteando entre los coches a media manzana o tranquilos y taciturnos pasando con la cabeza baja. Sobre toda esta masa de actividad llameaban las luces. El mayor invento de Edison colgaba sobre las apiñadas cabezas con asombrosa profusión. Había allí maravillosos disipadores de obscuridad de todos los colores y de todas las formas. Incontables miles de luces se extendían por una milla cuadrada desplegando una charra brillantez que sumía las partes adyacentes de la ciudad en la oscuridad. Brillaban en todas las paredes, caían de todos los techos, iluminaban todos los escaparates desde hileras e hileras de ordenadas bombillas. Gigantescos focos lanzaban agudos dedos de fuego sobre los tejados. Enormes carteles lanzaban su masa desde la fachada del edificio y arrastraban los ojos hacia letras multicolores que proclamaban anuncios con resplandor eléctrico. Grandes tableros en círculo continuo cubrían los segundos pisos con luminosa escritura. Otros grandes y únicos parpadeaban desde la pared sobre todos los quicios. Otros más pequeños, controlados por cadenas de mano, se habían encendido en el interior de los edificios. Los pequeños se unían a esta firme corriente de luces ayudando a las farolas a rivalizar con el sol. Bajo la cartelera de un cine enzarzada en combate con la noche lanzando luminosas andanadas de charra claridad a intervalos regulares, me detuve asombrado por el tamaño del presupuesto eléctrico de esta pequeña ciudad. La mayoría de sus gastos deben ir en el capítulo de electricidad, pagando sumas increíbles por el privilegio de aquel brillo absurdo. Si apagasen dos tercios de las luces, las restantes deslumbrarían Times Square con su luz de día artificial. Envidié a los propietarios de la empresa eléctrica que suministra a Santa Fe.

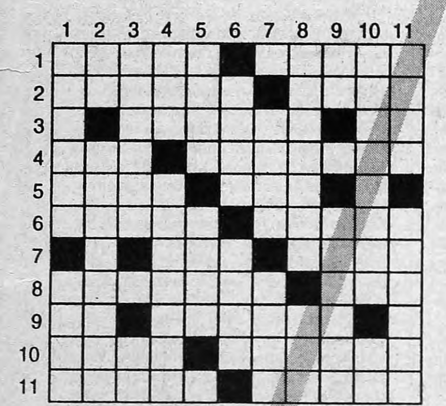
Consumí mi cena en un vistoso restaurante decorado con motivos mexicanos. Me entretuve con un segundo café hasta las tres y luego me dirigí a la carretera. Suerte instantánea... ¡asombrosa suerte! Un Packard crema del 41 descapotable (esto en el 42) rechinó frenando a unos cincuenta metros de mí. Corrí y entré y me senté al lado de un hombre, que viajaba solo. Iba (tienes que creerlo) ¡a Los Angeles! ¡Qué viaje! Nunca lo hice tan bueno. Condujo a más de cien por hora varios cientos de kilómetros y luego paró y durmió unas horas en el asiento delantero. Yo dormí en el trasero. Parábamos donde le apetecía: El Gran Cañón, los puestos de cacharros de la carretera, etc. El pagó todas las comidas. En resumen, fue un sueño hecho realidad, salvo que nunca me pidió que condujera, y yo no se lo pedí para no correr el riesgo de que se enfadara.

Nos dirigimos a Los Angeles por el sur, por la carretera 101. Una vez en Venice, California (en realidad una parte de las cuatrocientas cuarenta millas cuadradas por la que se extiende Los Angeles) le di las más efusivas gracias y le dejé, a cinco manzanas del lugar para llegar al cual había recorrido dos mil kilómetros...

Verano/12

REVELE SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. Miserable (fem.) / Moderado, sobrio.
2. Prenda hecha de tela, abrochada por delante. / Más malo.
3. Correa que ciñe el pecho de la cabalgadura. / Noreste.
4. Tela tramada usada para mantillas y velos. / Acción y efecto de aplaudir.
5. Composición musical para una sola voz. / Vocal en plural.
6. (La...) Provincia de la Argentina / Partícula ínfima.
7. Moda. / Hijo de Adán y Eva, muerto por su hermano.
8. Fastidiado, harto. / Decimosexta letra castellana.
9. Acudir. / Familia de indígenas (pl.)
10. Palmera de poco porte. / Adornada.
11. Precipitará. / Espacio con vegetación en un desierto.

VERTICALES

1. Obedecer. / Metal blanco azulado.
2. Acude. / Relativo a la orina (fem.).
3. Dilatado, extenso. / Nombre de consonante.
4. Expresa alegría con movimientos de la boca y ciertos sonidos. / Concertar.
5. Palo de la bandera. / Abrasar.
6. Instrumento musical. / Aborrecimiento.
7. Mezcla metales. / Actuó, realizó.
8. Deforma una cosa por golpe o presión. / Artículo indeterminante femenino.
9. Símbolo del renio. / Muy gordas.
10. Gastan. / Entregué.
11. Soplo ligero de aire. / Percibirás olores.

JUeGOs

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

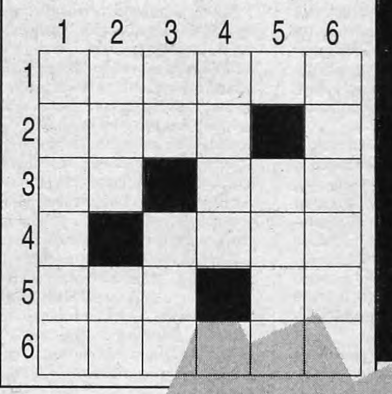
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

1. Trampa.
2. Liar.
3. Am./Perro.
4. Alas.
5. Neo./It.
6. Astros.

VERTICALES

1. Sendero.
2. Tea./So.
3. Al./Tes.
4. Baúl.
5. Tala.
6. Unificáis.



ACADEMICO

*Descubra al verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas **A**, cinco **B** y cinco **C**.*

1. Manjúa - **A:** Cardumen. **B:** Borrachera. **C:** Marejada.
2. Manlieva - **A:** Persona dadivosa. **B:** Delantal de paño. **C:** Tributo antiguo.
3. Mansera - **A:** Artesa donde cae el zumo de la caña. **B:** Capa larga que usaban los eclesiásticos. **C:** Mansedumbre.
4. Manumiso - **A:** Cobarde. **B:** Sometido. **C:** Libre.
5. Maño - **A:** Pez de río. **B:** Harina de mandioca. **C:** Aragonés.
6. Negondo - **A:** El que siempre niega todo. **B:** Barraca de los esclavos en Brasil. **C:** Alerce de América del Norte.
7. Negrete - **A:** Oveja de cara y patas negras. **B:** Toro negro de patas blancas. **C:** Palmípedo del norte de Europa.
8. Neguijón - **A:** Parte de la caña del animal donde se dobla la pierna. **B:** Caries. **C:** Planta cariofilea.
9. Neme - **A:** Betún o asfalto. **B:** Planta acuática. **C:** Persona débil.
10. Nerita - **A:** Metal raro. **B:** Cristal blanco. **C:** Género de gasterópodos.
11. Ojalar - **A:** Desear algo. **B:** Hacer ojales. **C:** Escudriñar.
12. Olaje - **A:** Tela de hilo poco torcido. **B:** Conjunto de óleos sagrados de una iglesia. **C:** Serie repetida de olas.
13. Oligisto - **A:** Incienso. **B:** Vaso para los óleos. **C:** Oxido.
14. Olivino - **A:** Vino frutado. **B:** Peridoto. **C:** Abundante en olivos.
15. Opuncia - **A:** Higuera. **B:** Abundancia. **C:** Fiesta de Baco.

CALIFICACION

15 puntos: .... académico
11 a 14: .... maestro
6 a 10: .... bachiller
5 o menos: .... alumno

SOLUCIONES

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

C	E	L	A	D	A
A	T	A	R	■	U
M	A	■	C	A	N
I	■	S	A	L	A
N	O	E	■	T	I
O	S	T	R	A	S

ACADEMICO

1: I. 2: C. 3: A. 4: C. 5: C. 6: C. 7: A. 8: B. 9: A. 10: C. 11: B. 12: C. 13: C. 14: B. 15: A.

PALABRAS CRUZADAS

A	V	A	R	A	■	P	A	R	C	O
C	A	M	I	S	A	■	P	E	O	R
A	■	P	E	T	R	A	L	■	N	E
T	U	L	■	A	P	L	A	U	S	O
A	R	I	A	■	A	E	S	■	U	■
R	I	O	J	A	■	A	T	O	M	O
■	N	■	U	S	O	■	A	B	E	L
C	A	N	S	A	D	O	■	E	N	E
I	R	■	T	R	I	B	U	S	■	R
N	I	P	A	■	O	R	N	A	D	A
C	A	E	R	A	■	O	A	S	I	S